

sentidos estaban mas despiertos que nunca... conocia mi espantosa situacion, y no me podia alejar de mi verdugo... Procuré retirar con mis manos las suyas; y no pude moverlas... ¡Dios mio!... ¡qué horribles instantes fueron aquellos para mí!... Los ojos de Rossi estaban fijos en los míos, que no podia cerrar á causa de mi extrema debilidad... sus labios se sonreian, y su sonrisa me hacia estremecer!... Despues... despues, D. Enrique... cuando recobré mi fuerza y mi vigor, fué para maldecir mi vida... para conocer que era una mujer envilecida y perdida para siempre!...

Y Pilar se cubrió el rostro con ambas manos, y derramó un raudal de lágrimas. Enrique, sin poder resistir la indignacion que le habia causado la villana conducta de Rossi, exclamó exaltado de ira.

—¿Y vive ese monstruo?... ¿Y tolera la sociedad á ese malvado?... ¡Ah!... no... es preciso que desaparezca para siempre del mundo!...

Así que los suspiros permitieron el paso

á las palabras, continuó Pilar su historia de esta manera.

—“Pero no paró aquí. Rossi se habia propuesto hacerme apurar hasta las heces el cáliz del infortunio, y dispuso una canoa que me condujera á Chaleco, á una casa dispuesta por él para que nadie supiera mi paradero.

—Sé ese pasaje de la historia, y el golpe fatal que recibió D. Antonio al verle á vd. pasar por debajo del mirador de la casa que él ocupaba.

—¡Ah!... ¿por qué no corrió entonces á salvarme de las garras de mi perseguidor?...

Exclamó Pilar con sentimiento.

—Porque le fué imposible: quiso hacerlo, pero se encontró conque lo habian encerrado, y con un piquete de soldados en la puerta.

—¿Será posible?... ¡Y yo que le acusaba de este descuido... de esta falta de osadía para perseguir á mi raptor!...

—Mil vidas hubiera dado por verse libre para poderlo verificar... Pero continué

vd., Pilar, continúe vd. su historia, pues es toy pendiente de sus palabras.

Lo haré para terminar pronto. "Al llegar á Chalco, me condujeron á una casa fuera de la poblacion, dispuesta de antemano por Rossi. Allí, juzgándome acaso menos escrupulosa en mi virtud, insistió en su proyecto de unirse á mí; yo rechacé indignada su proposicion, haciéndole ver todo el horror que me inspiraba su presencia. Entonces me colocó en una alcoba retirada donde me dejó sola, diciéndome al salir, que reflexionara bien lo mas conveniente á mi tranquilidad.

—Pero ese hombre es un monstruo.

—Pero un monstruo que se disfraza con el manto de la hipocresia.... y á quien solo conocen sus tristes victimas.... Es el malvado astuto que nunca se presenta de frente, temiendo hacerse sospechoso, consiguiendo por otros medios sus reprobados fines.

En aquel momento un hombre que acababa de cruzar la plazuela, se detuvo junto á la puerta de la accesoria de Pilar,

—Está entornada—dijo para sí—¿habrá alguno dentro?

Y se arrimó cuanto pudo á la puerta, con objeto de eséuchar.

—¡Sí!—continuó admirado.—Pilar no está sola... hay un hombre con ellas... ¿quién será?... ¡Han entornado la puerta para no ser vistos...! ¡Y hablan en voz tan baja, que es imposible oír la menor cosa!... ¡Ah!... es preciso entrar para acabar de una vez.

Y el hombre iba á empujar la puerta, cuando se detuvo de repente.

—No—pensó—es mejor esperar á que salga ese hombre.... le veré, y en vista de quién es, podré obrar.

—Por la sombra que advierto—dijo Pilar—debe haber alguno en la puerta, que trata de oír nuestra conversacion.

Y Enrique se asomó al dintel, pero nada vió, porque para entonces el hombre se habia retirado, y permanecia en la puerta de la iglesia de San Sebastian, en acecho de la persona que esperaba ver salir.

—No está nadie:—dijo Enrique volviendo á sentarse—fué la sombra, sin duda, de alguno que pasaba: Puede vd., pues, continuar sin recelo su relacion.

—Yo conocí mas que nunca la crítica situacion en que me encontraba: conocí que no me quedaba otro remedio que optar entre mi deshonor y la muerte, y me resolví por esta última. Una vez tomada resolucion tan extrema, rechacé con la misma indignacion las amenazas de Rossi como sus ofertas: él esperó entonces valerse del medio reprobado con que me habia hecho desgraciada; pero resuelta á perder la vida antes de volverme á encontrar sin fuerzas y sin defensa para poderme evadir de aquel monstruo, me negué á tomar nada de lo que me llevaban: me propuse morir de hambre y de sed, convencida de que en el agua y la comida me servirian mi deshonor.

Enrique miró con asombro á aquella jóven llena de virtud, cuyo rostro habia ido tomando una animacion celeste, al hablar de la defensa de su honor.

Pilar iba á seguir su historia, pero el re-

loj del Cármen dió la hora entonces mismo, y se levantó apresurada.

—¡Las once!...—dijo—¡qué pronto se me ha pasado el tiempo!

—¿Ya va vd. á salir?

Le preguntó Enrique.

—Tengo que estar con la comida en la Acordada á las doce, y ya ve vd. que está lejos. Siento mucho no poder permanecer mas tiempo, pero ya ve vd. que no es por falta de voluntad, sino por precision.

—¿Y no podré saber antes de separarnos quién es esa persona á quien lleva vd. la comida?

—Si vd. tiene empeño en saberlo, ahora mismo se lo diré; pero si le es á vd. indiferente esperar un dia mas, yo le agradecería á vd. se aguardase hasta que en la historia de mis infortunios haga su papel.

—Tengo una satisfaccion en complacer á vd., y en respetar sus justos deseos.

—Mil gracias.

—Pero al menos estará vd. ya á salvo de la persecucion de Rossi?

—Todo lo contrario, ahora mas que nunca tiene empeño en alcanzar mi amor.

Contestó Pilar, mientras colocaba la comida en la canasta.

—¿Será posible?...!

—Casi todos los dias viene á visitarme, á pesar de mis desprecios: se vende por amigo de ese hombre que gime preso, y yo no puedo prohibirle la entrada en casa.

—Pero....

—Todo lo sabrá vd., D. Enrique, otro dia que tenga vd. la bondad de repetir la visita que me ha inundado hoy de gozo.

—¡Ah!.... estoy interesado en ello, y volveré, Pilar: sí, volveré mañana.

—Cuando vd. guste, ya sabe sabe vd. que esta humilde casa está á la disposicion de vd.

—De todas maneras, sea cual fuere esa persona á quien vd. va á ver á la Acordada, tengo algun influjo en el gobierno, y yo daré los pasos necesarios para que le dejen en libertad.

—Gracias....

—¿Lo desea vd?

—Infinito.

—Pues cuente vd. con mi cooperacion: adios.

—Adios, D. Enrique.

Y éste salió á la calle, asombrado de lo que acababa de oír, y resuelto á hacer por Pilar todo lo imaginable, para cambiar por completo su suerte.

—¡Era Enrique!....—dijo el hombre que se habia quedado observando detras de la puerta de la iglesia.—Está visto que esos dos amigos me han de perjudicar en todos mis planes amorosos. ¡Y la cosa por lo visto, debe estar adelantada!....! Cuando yo entro, la puerta queda abierta de par en par, pretestando el *qué dirá la vecindad*; pero ahora parece que no ha habido ese temor con Enrique, pues estaba entornada para evitar las miradas de los curiosos. No; pues es preciso averiguar algo.... voy á entrar aunque sea un momento.

Y el hombre cruzó la plazuela, y penetró en la accesoria, cuando Pilar ponía la canasta en el brazo para salir.

—¡Hola, hola!—dijo con intencion ma-

ligna y observando los objetos de la pieza— parece que se ha operado una mutacion completa en la fortuna! . . . ¡Ha sacado vd. la lotería, Pilar?

—¿Por qué lo dice vd., señor Rossi? Y

Contestó la jóven abriendo de par en par las dos hojas de la puerta.

—Porque veo sillas nuevas, rinconeras, y otra porcion de curiosidades que antes no habia.

Y al decir esto trató de cerrar un poco la puerta, pero Pilar se lo impidió, diciendo:

—Ya sabe vd. que me gusta tener abiertas las puertas para evitar murmuraciones en el vecindario.

—Menos cuando entran á vernos, debia vd. añadir, personas de nuestro agrado, personas que estimamos, que. . . .

Y Rossi se sonrió de una manera que indignó sobremanera á la jóven.

—¡Señor Rossi!—dijo Pilar con dignidad. Yo no recibo en mi casa otras personas que las que me respetan: las demas no las recibo yo, entran á mi pesar.

El sardo se mordió los labios al verse

aludido en las últimas palabras, y contestó con tono áspero y desabrido.

—Dejémonos de hipocresías: vd., por mas que trate de aparecer como la mujer mas impecable, tiene vd. sus debilidades como todas.

—¡Señor Rossi! . . .

Dijo indignada Pilar.

—Y yo lo aplaudo; eso es otra cosa:—continuó el sardo sin cuidarse del enojo de la jóven.—Sobre todo, cuando la persona es elegante y fina como la que hace un instante estuvo aquí con vd.

—Señor Rossi, esa persona es un verdadero, un desinteresado amigo.

—Lo creo—contestó con aire irónico el sardo—¡Dios me libre de hacer juicios temerarios! pero estoy dé seguro de que por santo que él sea, sus visitas no le harán mucha gracia al otro que está encerrado.

—Dentro de pocos dias no lo estará, gracias á ese hombre que vd. insulta, y tendré el gusto de recibirle delante de todo el mundo.

—¡Libre Pedro!

—Esclamó con acento de duda Rossi.

—Sí, señor, libre. Pero hacedme el favor de permitir que salga, porque están al dar las doce y está lejos la Acordada.

Rossi no tuvo que contestar, y salió despidiéndose de Pilar.

Esta cerró la puerta con llave, la guardó en el bolsillo del delantal, colocó bien en el brazo la canasta de la comida cubierta con una servilleta blanca y muy limpia, y se dirigió á toda prisa á la Acordada, antes de que sonara la hora.

CAPITULO V.

El pomo de veneno.

Dijimos en otro capítulo que á los gritos dados por Matilde al reconocer en la víctima á su hermana, acudió Miguel que entraba en aquel instante en su casa, y que retrocedió horrorizado á la vista de aquellos dos cuerpos, que yacían el uno sobre el otro: que espantado con la terrible escena que á sus ojos se presentaba, dió algunos pasos hácia la puerta, llamando á Pablo, y diciéndole que llevase una luz.

A los desaforados gritos de su amo, el criado cogió una vela y se dirigió inmediatamente al sitio de la desgracia.